

Nuestra verdad

Kamala Harris

Traducción de María Eugenia Santa Coloma
y Ana González Corcho



I

POR EL PUEBLO

Aún recuerdo la primera vez que entré, como empleada, en el Tribunal Superior del condado de Alameda, en Oakland, California. Fue en 1988, durante mi último verano en la Facultad de Derecho, cuando a mí y a otras nueve personas nos ofrecieron una beca de formación durante el verano en la fiscalía de distrito. Algo me decía que quería ser fiscal, que quería estar en la primera línea de la reforma de la justicia penal, que quería proteger a los vulnerables. Pero al no haber visto nunca el trabajo de cerca, no me había decidido.

El sol brillaba con fuerza en el Palacio de Justicia. El edificio se hallaba junto al lago Merritt, más alto y majestuoso que los edificios que lo rodeaban. Desde determinados ángulos, parecía una maravilla arquitectónica de una capital extranjera, con su base de granito y su torre de hormigón que se elevaba hasta acabar en un tejado dorado. No obstante, desde otros, se parecía extrañamente a una tarta nupcial de estilo *art déco*.

La fiscalía de distrito del condado de Alameda tiene algo de legendaria. Earl Warren estuvo a su frente antes de pasar a ser fiscal general de California y, más tarde, uno de los presidentes más influyentes del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Pensé en él aquella mañana al pasar junto a los impresionantes mosaicos del vestíbulo que ilustran la historia de California. Las palabras de Warren, que proclamaba que la se-

gregación era «inherente a la desigualdad», tardaron quince años en llegar a Berkeley, California. Agradecí que llegaran a tiempo para mí; mi clase de la escuela de primaria fue la segunda de mi ciudad en implantar la integración mediante el transporte escolar.¹

Fui la primera en llegar a la reunión de presentación. Los demás compañeros aparecieron pocos minutos después. Solo había una mujer entre ellos, Amy Resner. En cuanto acabó la reunión, me acerqué a ella y le pedí su número de teléfono. En ese entorno dominado por los hombres, me hacía ilusión tener al menos una compañera. Hoy en día, sigue siendo una de mis mejores amigas y soy la madrina de sus hijos.

Como becarios de verano, lógicamente, teníamos muy poco poder o influencia. Nuestro trabajo consistía sobre todo en aprender y observar, a la vez que echábamos una mano donde podíamos. Era una oportunidad para hacernos una idea de cómo funcionaba el sistema de justicia penal desde dentro, de cómo era hacer justicia... y también no hacerla. Nos pusieron con abogados que llevaban a juicio todo tipo de casos, desde conducción bajo los efectos del alcohol hasta homicidios, y teníamos la oportunidad de estar en la sala y formar parte del proceso de preparación.

Nunca olvidaré la vez que a mi supervisor le tocó trabajar en un caso relacionado con una redada antidroga. La policía había detenido a varias personas durante la operación, incluida una transeúnte inocente que pasaba por allí: una mujer que había estado en el lugar equivocado en el momento equivoca-

1. A pesar de que la segregación en las escuelas fue declarada anticonstitucional en Estados Unidos en 1954, esta siguió vigente *de facto* debido a la segregación por barrios de la población. La integración mediante el transporte escolar se introdujo a partir de 1971 y consistía en asignar a los alumnos a escuelas públicas distintas de las que les correspondían por distrito y transportarlos allí en autobuses. (N. del e.)

do y se había visto envuelta en el dispositivo. Yo no la había visto. No sabía quién era ni qué aspecto tenía. No tenía ninguna relación con ella, solo la conocía del informe que estaba revisando. Pero había algo en ella que me llamó la atención.

Era un viernes, a última hora de la tarde, y la mayor parte de la gente se había ido a casa a pasar el fin de semana. Con toda probabilidad, el juez no la vería hasta el lunes, lo que significaba que tendría que pasar el fin de semana en la cárcel.

«¿Trabaja los fines de semana? ¿Va a tener que explicarle a su jefe dónde está? ¿La van a despedir?»

Aún más importante, yo sabía que tenía hijos pequeños en casa. «¿Saben que ella está en la cárcel? Deben de pensar que ha hecho algo malo. ¿Quién los está cuidando? ¿Hay alguien que pueda hacerlo? Tal vez han llamado al Servicio de Protección de Menores. Dios mío, podría perder a sus hijos.»

Todo pendía de un hilo para esta mujer: su familia, su sustento, su prestigio en su comunidad, su dignidad, su libertad. Y, en cambio, no había hecho nada malo.

Fui a toda prisa a ver al secretario del juzgado y le pedí que se le tomara declaración ese mismo día. Se lo rogué. Se lo supliqué. Si el juez pudiera volver al tribunal solo cinco minutos, podríamos dejarla en libertad. En lo único en lo que era capaz de pensar era en su familia y en el miedo de sus hijos. Al final, cuando los minutos del día ya casi se agotaban, el juez volvió. Observé y escuché mientras él repasaba su caso y esperé a que diera la orden. Entonces, con un golpe de mazo, así sin más, la mujer quedó libre. Conseguiría llegar a tiempo a casa para cenar con sus hijos. Nunca llegué a conocerla, pero jamás la olvidaré.

Fue un momento decisivo en mi vida. Fue la materialización de que, incluso en los márgenes del sistema de justicia penal, hay mucho en juego, sobre todo a nivel humano. Entendí que, incluso con las limitadas atribuciones de un becario,

las personas que se preocupan pueden hacer justicia. Fue revelador, un momento que demostraba lo importante que era contar con personas compasivas trabajando como fiscales. Años antes de ser elegida para dirigir una importante fiscalía, esta fue una de mis victorias más notables. Sabía que ella se había ido a casa.

Y supe el tipo de trabajo que quería hacer y a quién quería servir.

El Palacio de Justicia no estaba muy lejos de donde crecí. Nací en Oakland, California, en 1964, y pasé la etapa formativa de mi infancia viviendo en la linde entre Oakland y Berkeley.

Mi padre, Donald Harris, nació en Jamaica en 1938. Fue un estudiante brillante que emigró a Estados Unidos después de que lo admitieran en la Universidad de California en Berkeley. Fue allí a estudiar Económicas y llegó a dar clases de Economía en Stanford, donde sigue siendo profesor emérito.

La vida de mi madre comenzó miles de kilómetros al este, en el sur de la India. Shyamala Gopalan era la mayor de cuatro hermanos: tres niñas y un niño. Al igual que mi padre, fue una estudiante con talento, y cuando mostró pasión por la ciencia, sus padres la animaron y la apoyaron.

Se graduó en la Universidad de Delhi a los diecinueve años. Y no se quedó ahí. Presentó una solicitud para un programa de posgrado en Berkeley, una universidad que jamás había visto y en un país que nunca había visitado. Me cuesta imaginar lo difícil que debió de ser para sus padres dejarla marchar. Los vuelos comerciales estaban empezando a expandirse por todo el mundo. No iba a ser fácil estar en contacto. Sin embargo, cuando mi madre pidió permiso para trasladarse a California, mis abuelos no se interpusieron en su camino. Era una adolescente cuando se fue de casa con destino a Berkeley en 1958 para hacer un doctorado en nutrición y endocri-

nología, antes de convertirse en investigadora sobre el cáncer de mama.

Mi madre tenía previsto regresar a la India cuando terminara sus estudios. El matrimonio de sus padres había sido concertado y se daba por sentado que mi madre seguiría un camino similar. Pero el destino tenía otros planes. Ella y mi padre se conocieron y se enamoraron en Berkeley mientras participaban en el movimiento por los derechos civiles. Su matrimonio, y su decisión de quedarse en Estados Unidos, fueron los mayores actos de autodeterminación y amor.

Mis padres tuvieron dos hijas. Mi madre obtuvo su doctorado a los veinticinco, el mismo año de mi nacimiento. Mi querida hermana, Maya, llegó dos años después. Siguiendo la tradición familiar, en ambos embarazos mi madre siguió trabajando hasta el momento del parto: una vez, rompió aguas mientras estaba en el laboratorio, y la otra, mientras preparaba un *strudel* de manzana. (En ambos casos, conociendo a mi madre, debió de insistir en acabar antes de ir al hospital.)

Mis primeros años fueron felices y sin preocupaciones. Me encantaba estar al aire libre y recuerdo que, cuando era pequeña, mi padre quería que campara a mis anchas. Se volvía a mi madre y le decía:

—Déjala correr, Shyamala. —Y luego se volvía hacia mí y me decía—: Corre, Kamala. Todo lo rápido que puedas. ¡Corre!

Y yo arrancaba con el viento en la cara y la sensación de ser capaz de cualquier cosa. (No es de extrañar que también tenga muchos recuerdos de mi madre poniéndome tiritas en las rodillas llenas de rasguños.)

La música llenaba nuestro hogar. A mi madre le apasionaba poner discos de góspel y cantar sobre ellos, desde los primeros trabajos de Aretha Franklin hasta los Edwin Hawkins Singers. Ganó un premio en la India como cantante y a mí me

fascinaba oír su voz. A mi padre le gustaba tanto la música como a mi madre. Tenía una gran colección de *jazz*, un montón de álbumes que llenaban todas las estanterías de las paredes. Todas las noches me quedaba dormida al ritmo de The-lonious Monk, John Coltrane o Miles Davis.

Pero la armonía entre mis padres no duró. Con el tiempo, las cosas se pusieron feas. Dejaron de ser amables el uno con el otro. Yo sabía que se querían mucho, pero daba la impresión de que se habían vuelto aceite y agua. Cuando tenía cinco años, el lazo que los unía se rompió bajo el peso de la incompatibilidad. Se separaron poco después de que mi padre aceptara un trabajo en la Universidad de Wisconsin y, unos años después, se divorciaron. No se pelearon por el dinero. Solo lo hicieron por quién se quedaba con los libros.

Siempre he pensado que si hubiesen sido un poco más mayores, más maduros emocionalmente, tal vez su matrimonio habría salido adelante. Pero eran muy jóvenes. Mi padre fue el primer novio de mi madre.

Fue difícil para ambos. Creo que, para mi madre, el divorcio supuso un tipo de fracaso que nunca había creído posible. Su matrimonio fue tanto un acto de rebeldía como de amor. Explicárselo a sus padres ya había sido bastante difícil. Explicar el divorcio, imagino, fue incluso peor. Dudo que alguna vez le dijeran: «Te lo dije», pero creo que esas palabras resonaban en su mente, a pesar de todo.

Maya era aún muy pequeña cuando se separaron, demasiado bebé para entender lo que pasaba, para percibir lo duro de la situación. A menudo he sentido una punzada de culpabilidad por lo que Maya nunca llegó a vivir: yo conocí a nuestros padres cuando eran felices juntos. Maya, en realidad, no.

Mi padre siguió formando parte de nuestras vidas. Lo veíamos los fines de semana y pasábamos los veranos con él en Palo Alto. Pero fue mi madre quien realmente nos crio. Fue la

principal responsable de que nos convirtiéramos en las mujeres que somos.

Y era extraordinaria. Mi madre medía poco más de metro y medio, pero para mí era como si midiera un metro noventa. Era inteligente y fuerte, temible y protectora. Era generosa, fiel y divertida. Solo tenía dos objetivos en la vida: criar a sus dos hijas y acabar con el cáncer de mama. Era exigente y tenía depositadas muchas esperanzas en nosotras mientras nos criaba. En todo momento hizo que Maya y yo nos sintiéramos especiales, que supiéramos que podíamos hacer lo que quisiéramos si nos esforzábamos.

Mi madre había crecido en una familia en la que el activismo político y la participación ciudadana eran algo natural. Su madre, mi abuela, Rajam Gopalan, nunca fue al instituto, pero era una líder competente en su comunidad. Acogía a mujeres maltratadas por sus maridos, y luego los llamaba y les decía que o aprendían a comportarse o ella se encargaría de enseñarles. Solía hacer reuniones sobre métodos anticonceptivos para las mujeres de las aldeas. Mi abuelo P. V. Gopalan había formado parte del movimiento a favor de la independencia de la India. Con el tiempo, como alto diplomático del Gobierno de la India, él y mi abuela vivieron un tiempo en Zambia tras su independencia y ayudaron a establecerse a los refugiados. Solía decir en broma que el activismo de mi abuela algún día lo pondría en un aprieto. Pero sabía que eso nunca iba a detenerla. Mi madre aprendió de ellos que lo que le daba sentido a la vida era servir a los demás. Y de mi madre, Maya y yo aprendimos lo mismo.

Mi madre heredó de mi abuela la fuerza y el coraje. Quienes las conocían sabían que era mejor no meterse con ellas. Y gracias a mis dos abuelos, mi madre desarrolló una gran conciencia política. Era consciente de la historia, consciente de la lucha, consciente de las desigualdades. Nació con el sen-

tido de la justicia grabado en el alma. Mis padres solían llevarme en cochecito con ellos a las manifestaciones en favor de los derechos civiles. De esa época, recuerdo una marea de piernas moviéndose a mi alrededor, la energía, los gritos y los cánticos. La justicia social ocupaba un lugar central en las conversaciones familiares. Mi madre se reía al contar una historia que adoraba de una vez en la que yo me puse a armar jaleo cuando tenía uno o dos años.

—¿Qué quieres? —me preguntó, tratando de calmarme.

—¡Dibertá! —grité.

Mi madre se rodeaba de buenas amigas que eran como hermanas. Mi madrina, una compañera suya de Berkeley a quien yo conocía como «tía Mary», era una de ellas. Se conocieron a través del movimiento en favor de los derechos civiles que estaba cobrando forma a principios de los años sesenta y se debatía y defendía desde las calles de Oakland hasta las tribunas de la Sproul Plaza en Berkeley. Mientras estudiantes negros hablaban en contra de la injusticia, se formó un grupo de jóvenes, hombres y mujeres entusiastas, muy inteligentes y comprometidos políticamente, entre ellos mi madre y la tía Mary.

Fueron a manifestaciones pacíficas en las que la policía los atacó con mangueras. Se manifestaron contra la guerra de Vietnam y en favor de los derechos civiles y el derecho a voto. Fueron juntas a escuchar a Martin Luther King Jr. en Berkeley, y mi madre llegó a conocerlo. Me dijo que en una protesta contra la guerra, los Ángeles del Infierno se enfrentaron a los manifestantes. Me contó que, en otra, ella y sus amigas se vieron obligadas a correr para resguardarse, conmigo en el cochecito, cuando se desató la violencia contra los manifestantes.

Pero mis padres y sus amigos eran más que eso. Eran grandes pensadores, impulsaban grandes ideas, organizaban su comunidad. La tía Mary, su hermano (mi «tío Freddy»), mi ma-

dre y mi padre, y algo más de una decena de estudiantes organizaron un grupo de estudio para leer a los autores negros que la universidad ignoraba. Se reunían los domingos en la casa de Harmon Street de la tía Mary y el tío Freddy, donde devoraban a Ralph Ellison, discutían sobre Carter G. Woodson y debatían acerca de W. E. B. Du Bois. Hablaban sobre el *apartheid*, la descolonización de África, los movimientos de liberación de los países en vías de desarrollo y la historia del racismo en Estados Unidos. Pero no se limitaban a charlar. Había urgencia en su lucha. También recibían a invitados ilustres, entre ellos líderes intelectuales y de los derechos civiles, desde LeRoi Jones hasta Fannie Lou Hamer.

Después de Berkeley, la tía Mary consiguió un trabajo como profesora en la Universidad Estatal de San Francisco, donde siguió celebrando y enaltecendo la experiencia negra. La Universidad Estatal de San Francisco contaba con una universidad experimental dirigida por estudiantes, y, en 1966, otro de los queridos amigos de mi madre, a quien yo conocía como el tío Aubrey, impartió la primera asignatura universitaria de estudios afroamericanos. El campus era un banco de pruebas para redefinir el significado y la esencia de la enseñanza universitaria.

Esta era la gente de mi madre. En un país en el que no tenía familia, ellos eran su familia, y ella era la de ellos. Prácticamente desde el instante en que llegó de la India, eligió a la comunidad negra y fue bien recibida en ella. Así sentó las bases de su nueva vida estadounidense.

Junto con la tía Mary, la tía Lenore era la confidente más íntima de mi madre. También recuerdo con cariño a uno de los mentores de mi madre, Howard, un brillante endocrinólogo que la protegió. Cuando era pequeña, él me regaló un collar de perlas que me había traído de un viaje a Japón. (Desde entonces, las perlas han sido una de mis joyas preferidas.)

Yo estaba también muy unida al hermano de mi madre, Balu, y a sus dos hermanas, Sarala y Chinni (a quien yo llamaba Chitti, que significa «madre joven»). Vivían a muchos kilómetros de distancia, y rara vez nos veíamos. Pese a todo, gracias a numerosas conferencias internacionales, a nuestros viajes periódicos a la India y al intercambio de cartas y postales, nuestra sensación de familia, de cercanía, consuelo y confianza fue capaz de abrirse paso en la distancia. Fue así como aprendí por primera vez que puedes tener relaciones muy estrechas con las personas, aunque no las veas a diario. Siempre estábamos ahí para los demás, fuera en la forma que fuese.

Mi madre, mis abuelos, mis tías y mi tío nos inculcaron el orgullo de nuestras raíces del sur de Asia. Nuestros nombres típicos indios evocaban nuestro origen, y crecimos con una gran conciencia y aprecio por la cultura india. Todas las palabras de afecto o frustración pronunciadas por mi madre eran en su lengua materna, lo que me parecía adecuado, ya que es la pureza de esas emociones lo que asocio por encima de todo con mi madre.

Mi madre tenía muy claro que estaba criando a dos hijas negras. Sabía que su patria adoptiva nos vería a Maya y a mí como niñas negras, y estaba decidida a garantizar que nos convirtiéramos en mujeres negras seguras y orgullosas.

Más o menos un año después de que mis padres se separaran, nos mudamos al piso de arriba de un dúplex en Bancroft Way, en una parte de Berkeley conocida como «las llanuras». Era un barrio unido de familias trabajadoras centradas en hacer bien las cosas, pagar las facturas y estar disponibles para los demás. Era una comunidad que invertía en los niños, un lugar donde la gente creía en el principio más básico del sueño americano: que si trabajas mucho y haces lo mejor para el mundo, tus hijos serán mejores que tú. No éramos ricos en términos económicos, pero los valores que interiorizábamos nos aportaban una riqueza distinta.

Mi madre nos arreglaba a Maya y a mí cada mañana antes de irse a trabajar a su laboratorio de investigación. Normalmente, nos preparaba una taza de leche a la que podíamos añadir chocolate, fresa o vainilla solubles. En ocasiones especiales, nos daba algún pastelito. Desde su punto de vista, el desayuno no era momento para complicarse la vida.

Me daba un beso de despedida y yo caminaba hasta la esquina para coger el autobús que me llevaba al colegio de primaria Thousand Oaks. Más tarde supe que formábamos parte de un experimento nacional para abolir la segregación, con niños negros de clase obrera de las llanuras que iban en el autobús en una dirección y niños ricos de las colinas de Berkeley que iban en dirección contraria. En aquel momento, lo único que sabía era que el autobús amarillo grande era el medio para llegar al colegio.

Cuando miro la foto de mi clase de primero, recuerdo lo maravilloso que fue crecer en un entorno tan diverso. Dado que los alumnos proveníamos de distintas zonas del municipio, éramos un grupo variopinto; algunos procedían de viviendas sociales y otros eran hijos de profesores universitarios. Recuerdo que en el colegio celebrábamos las festividades de las distintas culturas y que aprendimos a contar hasta diez en varios idiomas. Recuerdo a los padres, incluida mi madre, como voluntarios en clase para despertar el interés por la ciencia y los proyectos artísticos en los niños. La señora Frances Wilson, mi profesora de primer curso, estaba muy comprometida con sus alumnos. De hecho, cuando me gradué en la Facultad de Derecho Hastings de la Universidad de California, la señora Wilson se encontraba entre el público, animándome.

Cuando Maya y yo salíamos del colegio, nuestra madre solía estar en el trabajo, así que nos íbamos a casa de los Shelton, dos viviendas más abajo, a quienes mi madre conocía por

medio del tío Aubrey, y con quienes compartimos una larga relación de amor, cariño y vínculos.

Regina Shelton, natural de Luisiana, era tía de Aubrey; ella y su marido, Arthur, inmigrante de Arkansas, tenían y dirigían una guardería, situada al principio en el sótano de su casa y más tarde debajo de nuestro apartamento. Los Shelton estaban volcados en que los niños de nuestro barrio tuvieran el mejor comienzo posible en la vida. Su guardería era pequeña pero acogedora, con pósteres de líderes como Frederick Douglass, Sojourner Truth y Harriet Tubman en las paredes. El primer George Washington del que oímos hablar Maya y yo cuando éramos pequeñas fue George Washington Carver.² Aún nos reímos de la primera vez que Maya oyó a un profesor hablar en clase sobre el presidente George Washington y pensó para sus adentros con orgullo: «¡Lo conozco! ¡Es el de los cacahuetes!».

Los Shelton también dirigían un programa extraescolar en su casa, y ahí es donde Maya y yo pasábamos las tardes. Decíamos que íbamos a «la casa». Siempre había niños correteando por ella; muchas risas, juegos y alegría. Maya y yo crecimos junto a la hija de la señora Shelton y los niños que tenía en acogida; imaginábamos que íbamos a casarnos con los Jackson Five: Maya con Michael y yo con Tito. (¡Te quiero, Tito!)

La señora Shelton pronto se convirtió en una segunda madre para Maya y para mí. Elegante y cálida a partes iguales, aportaba un estilo sureño tradicional a su gracia y hospitalidad, por no hablar de su bizcocho y sus pastelitos de hojaldre, que me chiflaban. También era sumamente considerada, en ambos sentidos de la palabra: de una inteligencia excepcional y una generosidad poco común.

2. George Washington Carver (1864-1943) fue un científico, botánico, educador e inventor afroamericano que dedicó parte de su vida a enseñar a los esclavos liberados técnicas agrícolas (entre ellas, el cultivo de cacahuetes) con la intención de que fueran autosuficientes. (*N. del e.*)

Nunca olvidaré cuando hice pastelitos de limón para compartir. Me pasé una tarde preparando la receta de estos pastelitos que había encontrado en los libros de cocina de mi madre. Quedaron la mar de bien, y yo estaba entusiasmada por enseñárselos. Los puse en un plato, los tapé con film transparente y fui a pie a casa de la señora Shelton, que estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo té y riéndose con su hermana, la tía Bea, y mi madre. Les mostré orgullosa mi creación, y la señora Shelton le dio un buen bocado a uno. Resultó que había usado sal en lugar de azúcar, pero, al no haberlos probado, no lo sabía.

—Mmm, cariño —respondió la señora Shelton con su gracioso acento sureño y los labios algo fruncidos a causa del sabor—. Están deliciosos..., tal vez con demasiada sal, pero verdaderamente deliciosos.

No me marché de allí sintiendo que era un desastre. Me marché de allí pensando que lo había hecho muy bien, y que solo había cometido un pequeño error. Fueron esos momentos de poca importancia los que me ayudaron a confiar en mí misma de manera natural. Creía que era capaz de cualquier cosa.

La señora Shelton me enseñó mucho. Siempre se acercaba a madres que necesitaban consejos o ayuda, o incluso un abrazo, porque eso es lo que hay que hacer. Acogió a más niños de los que puedo recordar y adoptó a una niña llamada Sandy, que se convertiría en mi mejor amiga. Siempre veía el potencial de las personas. Eso también me encantaba de ella. Se dedicó a los niños del barrio que habían caído en el olvido, y lo hizo esperando que esos niños y esas niñas que luchaban pudieran ser fuertes. Y, sin embargo, nunca hablaba de ello ni se victimizaba. Para ella, esos actos no eran nada del otro mundo; eran sencillamente una consecuencia de sus valores.

Cuando volvía de casa de los Shelton, solía encontrar a mi madre leyendo, preparando sus notas o haciéndonos la cena. Salvo a la hora del desayuno, le encantaba cocinar, y a mí me gustaba sentarme con ella en la cocina y observar, oler y comer. Tenía un cuchillo de carnicero enorme de estilo chino que usaba para cortar, y una despensa llena de especias. Me encantaba que el quingombó pudiera ser un plato del sur de Estados Unidos o de la India, en función de las especias elegidas; a veces le añadía gambas secas y salchicha para hacer gumbo; otras lo freía con cúrcuma y granos de mostaza.

Mi madre cocinaba como un científico. Siempre estaba experimentando; ternera salteada con salsa de ostras una noche, tortitas de patata otra. Incluso mi almuerzo se convirtió en un laboratorio para sus creaciones: en el autobús, mis amigos, con sus sándwiches de mortadela o de crema de cacahuete y mermelada, preguntaban entusiasmados:

—Kamala, ¿de qué es el tuyo?

Abría la bolsa de papel marrón, que mi madre siempre decoraba con una carita sonriente o un dibujito.

—¡Queso para untar y aceitunas con pan de centeno!

Debo admitir que no todos los experimentos salían bien, al menos no para mi paladar de alumna de primaria. Pero no importa, era distinto, y eso lo hacía especial, como a mi madre.

Mientras cocinaba, mi madre acostumbraba a poner a Aretha Franklin en el tocadiscos y yo bailaba y cantaba en el salón como si fuera mi escenario. Escuchábamos todo el tiempo su versión de «To Be Young, Gifted and Black», un himno del orgullo negro que primero interpretó Nina Simone.

Gran parte de nuestras conversaciones tenían lugar en la cocina. Cocinar y comer eran cosas que nuestra familia solía hacer junta. Cuando Maya y yo éramos pequeñas, nuestra madre a veces nos daba lo que llamaba «revoltillo». Cortaba pan de molde con un cortador para galletas y luego lo colocaba en

una bandeja y le añadía mostaza, mayonesa, pepinillos y clavaba en él palillos decorados. Entre las rebanadas de pan, poníamos los restos que había en la nevera de noches anteriores. Tardé años en comprender que, en realidad, el «revoltito» no eran más que las sobras. Mi madre encontraba el modo de hacer que incluso lo normal pareciera interesante.

También nos reíamos mucho. A mi madre le encantaba un espectáculo de marionetas clásico llamado *Judy y Punch*, en el que Judy persigue a Punch con un rodillo. Se reía mucho cuando fingía perseguirnos por la cocina con el suyo.

Pero no todo eran risas, claro está. El sábado era el «día de los quehaceres domésticos», y cada una de nosotras teníamos nuestras tareas. Y mi madre podía ser dura. No le gustaba la autocomplacencia. A mi hermana y a mí rara vez nos elogiaba por nuestra conducta o por los logros que se esperaban de nosotras.

—¿Por qué debería aplaudirte por algo que se supone que tienes que hacer? —me regañaba si intentaba que me hiciera un cumplido. Y si volvía a casa para contar el último drama esperando que me escuchara, mi madre no lo hacía. Su primera reacción era: «A ver, ¿qué has hecho?».

Pensándolo bien, creo que intentaba enseñarme que yo tenía poder y voluntad. Me parece bien, pero aun así me volvía loca.

No obstante, esa dureza siempre iba acompañada de un amor, una lealtad y un apoyo incondicionales. Si Maya o yo teníamos un mal día, o si el cielo estaba gris y triston durante demasiado tiempo, nos hacía lo que a ella le gustaba llamar una «fiesta de no cumpleaños», con pastel de no cumpleaños y regalos de no cumpleaños. Otras veces, nos preparaba nuestras cosas preferidas: tortitas con pepitas de chocolate o sus galletas de cereales «Special K» («K» de Kamala). Y a menudo sacaba la máquina de coser y nos hacía ropa para nosotras o nuestras Barbies. Incluso nos dejó a Maya y a mí elegir el

color del coche familiar, un Dodge Dart que conducía por todas partes. Elegimos el amarillo —nuestro color favorito en aquella época— y si se arrepintió de habernos dado poder para tomar la decisión, nunca lo dejó entrever. (Por el lado positivo, siempre era fácil encontrar nuestro coche en un aparcamiento.)

Tres veces por semana, yo iba calle arriba hasta la casa de la señora Jones, que era una pianista de formación clásica. Las posibilidades en ese campo para una mujer negra no eran muchas, así que acabó siendo profesora de piano. Era estricta y seria. Cada vez que yo miraba el reloj para ver cuánto faltaba para que acabara la clase, me pegaba con una regla en los nudillos. Otras noches, iba a casa de la tía Mary, y el tío Sherman y yo jugábamos al ajedrez. Era un gran jugador y le encantaba hablarme de las implicaciones del juego: la estrategia, la necesidad de tener un plan, de pensar las cosas con mucha antelación, de predecir lo que va a hacer el adversario y adaptar tu juego para ganarle la partida. De vez en cuando, me dejaba ganar.

Los domingos, nuestra madre nos mandaba a la Iglesia de Dios de la Avenida Veintitrés, apiñadas con los demás niños en la parte trasera de la ranchera de la señora Shelton. Mis primeros recuerdos de las enseñanzas de la Biblia son de un Dios bondadoso, un Dios que nos pide «alzar la voz por quienes no pueden hacerlo» y «defender los derechos de los pobres y los necesitados». Ahí aprendí que la «fe» es un verbo; creo que debemos vivir nuestra fe y ponerla en práctica.

Maya y yo cantábamos en el coro infantil, y mi himno favorito era «Fill My Cup, Lord». Recuerdo un Día de la Madre en que recitamos una oda a las madres. Cada una de nosotras adoptamos la pose de una de las letras de la palabra *mother*, madre. Me tocó hacer de letra T, y me quedé en esa postura con orgullo, con los brazos en cruz. «La T es de tiempo, el que dedica a cuidarme y quererme en todos los sentidos.»

Mi noche preferida de la semana era la del jueves. Los jueves, siempre nos podías encontrar en un modesto edificio beis en la esquina de lo que entonces era Grove Street y Derby. Aunque antes había sido una morgue, el edificio que yo conocí rebosaba de vida, y era la sede de un innovador centro cultural negro: Rainbow Sign.

El Rainbow Sign era una sala de artes escénicas, un cine, una galería de arte, una academia de danza y mucho más. Tenía un restaurante con una gran cocina, y siempre había alguien preparando algo delicioso: pollo o albóndigas en salsa, boniatos caramelizados, pan de maíz, *cobbler* de melocotón. Durante el día podías asistir a clases de baile e idiomas, o a talleres de teatro y arte. De noche, se proyectaban películas, se daban conferencias o tenían lugar actuaciones de algunos de los intelectuales y líderes negros más destacados de aquel momento: músicos, pintores, poetas, escritores, cineastas, eruditos, bailarines y políticos; hombres y mujeres a la vanguardia del pensamiento crítico y la cultura estadounidense.

El Rainbow Sign fue idea de Mary Ann Pollar, una promotora de conciertos visionaria que abrió el centro con otras diez mujeres negras en septiembre de 1971. Su nombre, que significa «símbolo del arcoíris» se inspiró en un verso del espiritual negro «Mary Don't You Weep», cuya letra «Dios dio a Noé el símbolo del arcoíris; no más agua sino fuego la próxima vez...» estaba impresa en el folleto de afiliación. James Baldwin, por supuesto, había usado de forma memorable este mismo verso para titular su libro *The Fire Next Time* [Fuego la próxima vez]. Baldwin era amigo íntimo de Pollar y un invitado habitual del club.

Mi madre, Maya y yo íbamos a menudo al Rainbow Sign. Todos en el barrio nos conocían como «Shyamala y las niñas». Éramos una unidad. Un equipo. Y cuando aparecíamos, siempre nos recibían con una gran sonrisa y abrazos afectuosos. El

Rainbow Sign promovía la comunidad y tenía un ambiente acogedor. Era un lugar diseñado para difundir el conocimiento, la concienciación y el poder. Su lema informal era «Por amor a las personas». Las familias con niños eran recibidas con especial agrado en el Rainbow Sign, un criterio que reflejaba tanto los valores como las ideas de las mujeres que llevaban el timón.

Pollar le contó en una ocasión a un periodista: «Oculto tras todo lo que hacemos, del entretenimiento de calidad que organizamos, siempre hay un mensaje: mira a tu alrededor; piensa en esto». El centro contaba con programación específica para niños hasta la enseñanza media, en la que no solo había formación artística, sino también una versión paralela de la programación para adultos, donde los jóvenes podían conocer e interactuar directamente con los ponentes y los artistas invitados.

La zona de la bahía de San Francisco acogía a numerosos líderes negros extraordinarios y bullía de orgullo negro en algunos lugares. Allí había migrantes procedentes de todo el país. Esto hacía que niños como yo, que pasábamos tiempo en el Rainbow Sign, estuviéramos expuestos a decenas de hombres y mujeres extraordinarios que nos mostraban qué podíamos llegar a ser. En 1971, la congresista Shirley Chisholm nos visitó cuando estaba considerando presentarse como candidata a la presidencia. ¡Eso sí que es fortaleza! «Nadie me compra y nadie me subyuga», prometía el eslogan de su campaña. Alice Walker, que llegó a ganar el premio Pulitzer por su novela *El color púrpura*, hizo una lectura en el Rainbow Sign. Igual que Maya Angelou, la primera autora negra de éxito gracias a su autobiografía, *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*. Nina Simone actuó en el Rainbow Sign cuando yo tenía siete años. Más tarde supe que Warren Widener, el primer alcalde negro de Berkeley, proclamó el 31 de marzo de 1972 el Día de Nina Simone para conmemorar sus dos días de actuaciones.

Me encantaba el ambiente electrizante del Rainbow Sign: las risas, la comida, la energía. Me encantaban los poderosos discursos desde el escenario y las bromas del público, ocurrientes y a veces rebeldes. Fue allí donde aprendí que la expresión artística, la ambición y la inteligencia eran geniales. Fue allí donde entendí que no hay mejor manera de alimentar las neuronas que aunar comida, poesía, política, música, baile y arte.

Allí fue también donde comprendí la consecuencia lógica de las enseñanzas diarias de mi madre, donde empecé a imaginar qué me podía deparar el futuro. Mi madre nos estaba criando en la creencia de que «¡Es demasiado difícil!» nunca es una excusa aceptable; que ser buena persona es sinónimo de admitir que hay algo más grande que tú misma; que el éxito se calibra en parte por lo que ayudas a los demás a alcanzar sus logros y llevarlos a cabo. Nos decía: «Enfréntate a los sistemas para conseguir que sean más justos, y no te limites al hecho de que algo siempre haya sido así». En el Rainbow Sign vi esos valores en acción, la encarnación de esos principios. Era una educación cívica, la única que yo conocía, y que suponía que era la que recibía todo el mundo.

Me gustaba estar allí. Pero antes de entrar en el instituto, tuvimos que marcharnos. A mi madre le ofrecieron una oportunidad única en Montreal: dar clases en la Universidad McGill e investigar en el Hospital General Judío. Fue un gran paso en la evolución de su carrera.

Sin embargo, para mí no era una oportunidad interesante. Yo tenía doce años, y la idea de mudarnos desde la soleada California en febrero, a mitad de curso, a una ciudad extranjera de habla francesa cubierta por casi cuatro metros de nieve era inquietante, por no decir otra cosa. Mi madre intentó que pareciera una aventura y nos llevó a comprar nuestros primeros anoraks de plumas y mitones, como si fuéramos a convertirnos en exploradoras del gran invierno boreal. Pero a mí me

costaba pensar así. Fue peor aún cuando mi madre nos dijo que quería que aprendiéramos el idioma, por lo que iba a matricularnos en una escuela del barrio para francófonos, Notre-Dame-des-Neiges, Nuestra Señora de las Nieves.

Fue una transición difícil, pues el único francés que yo sabía entonces era el de mis clases de *ballet*, donde Madame Bovie, mi profesora, nos gritaba: «*Demi-plié*, ¡y arriba!». Yo solía bromear diciendo que me sentía como un pato, porque en mi colegio nuevo me pasaba todo el día diciendo: «*Quoi? Quoi? Quoi?*». («¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?»)

Yo estaba convencida de llevar conmigo a Montreal todo lo que había aprendido hasta entonces. Un día, Maya y yo organizamos una manifestación delante de nuestro edificio para protestar porque no dejaran jugar a fútbol a los niños en el jardín. Me complace informar que nuestras demandas fueron satisfechas.

Al final, convencí a mi madre de que me dejara cambiar a una escuela de bellas artes, donde probé con el violín, la trompa y el timbal, además de estudiar historia y matemáticas. Un año, interpretamos entero el espectáculo *Free to Be... You and Me*.³

Para cuando empecé a ir al instituto, ya me había adaptado a nuestro nuevo entorno. Seguía echando de menos mi casa, a mis amigos y mi familia, y siempre me hacía feliz volver durante el verano y las vacaciones, cuando nos quedábamos con mi padre o la señora Shelton. Pero me llegué a acostumbrar a casi todo. A todo excepto a la nostalgia que sentía de mi país.

3. Proyecto artístico y educativo obra de la actriz, creadora y activista estadounidense Marlo Thomas pensado para promover la igualdad de género y oportunidades en la infancia. Concebido originalmente en 1972 como un libro ilustrado acompañado de un disco temático con historias y canciones en el que colaboraron grandes nombres como Michael Jackson, Diana Ross o Alan Alda, tuvo un gran éxito y fue adaptado para televisión en 1974. (N. del e.)

Sentía un anhelo constante de estar de nuevo en mi patria. No tenía ninguna duda de que volvería para ir a la universidad.

Invité a mis padres a mi graduación, aunque sabía que no se dirigirían la palabra. Aun así, quería tenerlos a los dos ahí conmigo. Nunca olvidaré cuando me senté en las dos primeras filas del auditorio y miré al público. Mi madre estaba ilocalizable. «¿Dónde está? —pensé—. ¿No está porque está mi padre?» El acto estaba a punto de empezar. Y entonces, de repente, se abrió la puerta trasera del auditorio y entró mi madre, que casi siempre iba al laboratorio con vaqueros y deportivas, con un vestido rojo muy brillante y tacones. No era de las que dejaba que las circunstancias la superaran.

Durante el instituto, empecé a pensar más en concreto en mi futuro, en la universidad y en lo que vendría después. Siempre supuse que haría una carrera; había visto la satisfacción que les producía a mis padres su trabajo. También había visto a una serie de mujeres extraordinarias: la tía Mary, la señora Wilson, la señora Shelton y sobre todo mi madre encabezar sus respectivas esferas de influencia, y la diferencia que marcaban en la vida de otras personas.

Aunque la semilla se plantó muy pronto, no sé bien cuándo, exactamente, decidí que quería ser abogada. Algunos de mis principales héroes eran abogados: Thurgood Marshall, Charles Hamilton Houston, Constance Baker Motley..., gigantes del movimiento por los derechos civiles. Me importaba mucho la justicia y veía el derecho como un instrumento que podía contribuir a la igualdad. Pero creo que lo que más me atrajo de la profesión fue la confianza que tenía mi entorno en los abogados. El tío Sherman y nuestro buen amigo Henry eran abogados, y cada vez que alguien tenía un problema, en la familia o el barrio, lo primero que oías era «Llama a Henry. Llama a Sherman. Ellos sabrán qué hacer. Ellos le encontrarán sentido a esto». Quería poder hacer eso. Quería ser la per-